

**LO QUE QUEDA DESPUÉS DE LA TORMENTA  
LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN ELECCIONES NO  
CONCURRENTES**

**MARCELA ÁVILA EGGLETON<sup>1</sup>**

Ponencia presentada en el XXIV Congreso Nacional de Estudios Electorales, Zacatecas,  
Zacatecas 6, 7 y 8 de Noviembre de 2013

Tema I. Federalismo Electoral: Experiencias Locales

**DOCUMENTO PRELIMINAR. NO CITAR.**

CITAR

**Resumen**

Los ciclos de votación tienen un efecto claro en la participación electoral. La coincidencia de las elecciones federales con las locales promueve la asistencia de más votantes a las urnas, además de tener un efecto marcado en la competitividad de los partidos y en el número de partidos. Después de revertirse una tendencia generalizada de disminución de la participación electoral a partir de los comicios federales de 2009, las elecciones de 2012 tuvieron tan amplia participación como las de 2000. Los electores demostraron en 2012 ser actores racionales-estratégicos dividiendo su voto entre los distintos partidos y cargos. Esta sofisticación también explica por qué hay más participación en las entidades con elecciones concurrentes, en particular en aquellas donde se elige gobernador. El presente trabajo busca presentar algunos elementos de análisis para comprender las causales de la participación. Como se evidenció en el proceso electoral federal 2012, la concurrencia sigue siendo una variable con un importante poder explicativo, por ello, se busca evaluar la medida en la que la concurrencia en 2012 y la no concurrencia en 2013 tuvieron efectos en la participación y movilización electoral.

**Palabras clave:** *participación electoral, concurrencia, ciclo electoral.*

**I. Introducción**

Los ciclos de votación tienen un efecto claro en la participación electoral. La coincidencia de las elecciones federales con las locales promueve la asistencia de más votantes a las urnas, además de tener un efecto marcado en la competitividad de los partidos y en el número de partidos. Después de revertirse una tendencia generalizada de disminución de la participación electoral a partir de los comicios federales de 2009, las elecciones de 2012 tuvieron tan amplia participación como las de 2000. Sin embargo, los incentivos para la participación en 2012 no eran los mismos que doce años antes, la legislación electoral no era la misma y los votantes no eran los mismos. Los electores demostraron en 2012 ser

---

<sup>1</sup> Doctora en Ciencia Política. Profesor-investigador, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Querétaro. Correo electrónico: [avilaeggletton.marcela@gmail.com](mailto:avilaeggletton.marcela@gmail.com)

actores racionales-estratégicos dividiendo su voto entre los distintos partidos y cargos. Esta sofisticación también explica por qué hay más participación en las entidades con elecciones concurrentes, en particular en aquellas donde se elige Gobernador. En los estados con elecciones no concurrentes incluso la participación es menor a la media nacional. Pero todavía falta tiempo y análisis para entender si el aumento en la participación es una nueva tendencia estable o sólo responde a dinámicas coyunturales.

El presente trabajo parte de analizar los resultados locales y federales en las entidades sin concurrencia con el fin de mostrar el impacto de esta variable en la participación. ¿El aumento en la participación y movilización electoral del 2012 tuvo un efecto en las elecciones locales no concurrentes de 2013, ¿Después de las reformas en materia electoral los ciudadanos participaron más *across-the-board* o la variación en el porcentaje de participación sólo responde a dinámicas locales? Los datos de las elecciones no concurrentes pueden revelar tanta información sobre la naturaleza de la participación como aquellos datos arrojados por las elecciones federales y con ello ayudar a pintar un retrato más certero de estos nuevos patrones en el comportamiento electoral.

## II. ¿Quiénes votan y por qué?

La participación en los procesos electorales ha registrado una tendencia a la baja desde principios de los años noventa (Blais, 2007). Esta disminución de la cantidad de votantes ha sido atribuida a remplazos generacionales (Miller & Shanks, 1996; Lyons & Alexander, 2000; Blais, et al. 2004), a las características de los procesos electorales (Franklin, 2004) y; a la caída en la movilización social (Gray & Caul, 2000), entre otras. Sin embargo, para el caso mexicano, se observa una recuperación en la participación a partir del proceso electoral federal de 2009.

Teóricamente se han encontrado tres tipos de variables agregadas que podrían determinar la participación: factores socioeconómicos, institucionales o del sistema de partidos (Blais & Dobrzynska, 1998). Diversos estudios (Norris, 2002; Fornos, Power & Garand, 2004; Koch, 2007; Gomez & Hansford, 2010) han confirmado la relación entre el estadio de desarrollo económico de los países con la cantidad de votantes, pero la relación ha sido un tanto problemática. Algunos autores limitan esta relación a la comparación de países con bajo PIB o en vías de desarrollo con aquellos países con democracias y economías establecidas, pues no encuentran variaciones significativas cuando se comparan solamente los países desarrollados (Blais & Dobrzynska, 1998).

Entre las variables socioeconómicas utilizadas destacan el tamaño de la población, como factor para la evaluación que hacen los ciudadanos sobre la posibilidad de marcar la diferencia con su voto (Filer and Kenny, 1980; Hansen, 1994; Blais & Dobrzynska, 1998; Allers, 2000); la concentración de la población en zonas urbanas o rurales (Preuss, 1981; Cox & Munger, 1989; Filer et al., 1993); la estabilidad de la población como factor para evaluar el impacto a futuro del voto en legislación (Filer et al., 1993; Hoffman-Martinot, 1994); la homogeneidad de la población (Zimmer, 1976; Oberholzer-Gee & Waldfogel, 2001) y; el voto en la última elección bajo el principio de que si los electores se sintieron recompensados por el voto en las elecciones anteriores y el desempeño consecuente del partido ganador, tendrán más incentivos para votar de nuevo (Bendor et al., 2003; Fowler, 2004).

Los estudios a gran escala sobre cultura política y su relación con el voto no se han desarrollado consistentemente en Latinoamérica de modo que puedan compararse, de manera sistemática, cambios en la cultura política producto de la renovación generacional o fuerzas externas -cambios de régimen, revoluciones, golpes de Estado u otros levantamientos- con diferencias en el tipo y cantidad de votantes. Algunas mediciones que toman en cuenta características sociodemográficas han encontrado que los jóvenes son el grupo poblacional que más se abstiene de participar, aunque las razones no sean muy claras; de tal forma que los grupos que más participan son aquellos adultos entre cincuenta y sesenta años, la mayoría hombres casados. Sin embargo, contradiciendo a este postulado, Morales Garza, et al. (2011) encontraron que aquellos ciudadanos mexicanos que se abstienen más de votar son los que tienen más alta escolaridad e ingresos medios debido a que no logran ver traducido el esfuerzo personal que entraña una educación mayor en mejores niveles de vida. En el mismo trabajo, encuentran que el grado de modernización de los ciudadanos explica en buena medida la participación y la abstención electorales; los actores modernos y los premodernos tradicionales (a diferencia de los postmodernos y los tipos mixtos) son los que presentan niveles más bajos de abstención, pero por razones distintas, unos como parte de una agenda de actitudes y actividades propias de quienes apoyan a las instituciones democráticas y, los otros, como respuesta a decisiones colectivas, intereses corporativos o privilegios del sistema.

Entre los factores institucionales, el que carga con un mayor peso explicativo es la obligatoriedad del voto (Blais, 2000; Perea, 2002; Louth & Hill, 2005; Powers, 2009). Veintitrés países cuentan actualmente con alguna disposición legal obligando a sus ciudadanos a votar, pero sólo 10 de ellos tienen mecanismos para sancionar la falta de cumplimiento. En México, a pesar de que el voto es al tiempo un derecho y una obligación, al no haber sanción legal aplicable para la abstención, los efectos de la norma se diluyen. Sin embargo, hasta ahora, no existe un análisis contundente sobre la naturaleza de las sanciones, su severidad, ni de los costos y mecanismos de su aplicación.

La relación entre la representación proporcional y la participación ha sido discutida ampliamente, fomentando la creación de más partidos, dándole más opciones a los votantes, disminuyendo la cantidad de votos desperdiciados y creando incentivos para que los votantes, que no consideraban probable que algún candidato del partido con el que se identifican ganara en un sistema de mayoría relativa, consideren importante su boleta en un sistema proporcional (Karp & Banducci, 1999; Ladner & Milner, 1999; Blais & Aarts, 2006; Milner, 2009; Chen, 2011). No existe relación entre la desproporcionalidad y la participación electoral en las elecciones más cercanas al proceso de democratización, pero la relación se vuelve más visible mientras la democracia se consolida (Gallego, Rico & Anduiza, 2011), quizá por ello, para el caso latinoamericano estos preceptos no se mantienen (Pérez-Liñán, 2001; Fornos, Power & Garand, 2001).

El factor institucional que, para el caso mexicano, ha mostrado tener mayor poder explicativo es el tipo de elecciones. La concurrencia y el ciclo electoral tienen un impacto importante en términos de participación. Por un lado, existe una relación inversa entre concurrencia y abstención de modo que la participación se incrementa en la medida en que se llevan a cabo simultáneamente los procesos locales; por el otro, la participación se incrementa cuando coincide la elección del ejecutivo y el legislativo. El arrastre de la

elección presidencial es relevante en términos de participación, debido a que la importancia de una elección para los votantes está relacionada con su percepción del poder depositado en el puesto. También es de esperarse que se presenten más ciudadanos a votar en las elecciones presidenciales que en las intermedias debido a que el impacto de las campañas centradas en un personaje puede apelar más a los votantes (Blais, 2000)

Sin embargo, es preciso mencionar que como muestran Morales Garza, et al. (2011), el peso explicativo de la concurrencia se ha reducido de manera significativa a partir del proceso electoral de 2003 pasando de explicar el 50% de la variación en la abstención en dicho proceso a menos del 5% en 2009. El papel que juega esta variable en la participación será retomado más adelante.

Otras variables que pueden modificar la cantidad de ciudadanos que se acercan a las urnas son las características de las normas electorales; la forma en que los votantes tienen acceso a las casillas y boletas el día de la elección. Si las reglas están diseñadas para que los votantes encuentren fácilmente el lugar donde votan, se puedan identificar sin dificultad o incluso que las elecciones se realicen en un día al que los ciudadanos puedan asistir sin complicaciones. El cambio en los sitios de votación de una elección a otra ha probado tener un peso significativo para explicar la participación no sólo entre los distritos reordenados sino también un efecto diferenciado entre aquellos que se identifican con partidos distintos (Brady & McNulty, 2011). Los efectos de estas reglas electorales en la participación electoral son difíciles de medir y las diferentes configuraciones y variaciones dificultan las comparaciones.

Los dos factores relacionados al sistema de partidos más abordados en la literatura son el número de partidos y el índice de competitividad. La investigación sobre la condición de la fragmentación partidaria ha dado resultados contradictorios (Dittrich and Johansen, 1983; Hansen, 1994; Blais & Dobrzynska, 1998). Algunas teorías sobre el comportamiento del votante señalan que al tener más opciones, los electores encuentran una propuesta más cercana a su ordenamiento de preferencias lo que incrementa la probabilidad de que acudan a las urnas. Sin embargo, se ha encontrado que en los sistemas que tienen mayor número de partidos existe un porcentaje más reducido de participación electoral. Existen explicaciones contrarias que sostienen que al incrementar el número de partidos, los recursos cognitivos necesarios para procesar la información también aumentan de modo que los ciudadanos menos preparados o dispuestos serán aquellos que participen menos. La relación de una baja participación electoral con un número alto de partidos políticos debe revisarse a la luz de las diferencias entre sistemas de representación proporcional y de mayoría.

Cuando la competitividad en una elección es alta, se espera un incremento en la participación producto de que los electores perciben mayor probabilidad de que su voto pueda hacer la diferencia entre el triunfo de un candidato que representa sus intereses y otro que no, o bien, de evitar que gane el candidato que considera más alejado de su estructura de preferencias. El cálculo de la diferencia entre los candidatos punteros puede no ser real, puede ser una percepción de un ciudadano o un grupo de ciudadanos; dependerá de la cantidad de información que el ciudadano posea, los recursos que está dispuesto a gastar para acceder a más información y, el ruido proveniente de los medios y las interacciones diarias con sus vecinos. Otra variable política puede ser el gasto en las campañas, aunque el

resultado puede depender del mensaje utilizado, del partido que lo utiliza o de las elecciones en las que se presenta (Chapman & Palda, 1983; Hogan, 1999; Lau & Pomper, 2001). A este respecto y, para el caso mexicano, no hay evidencia aún del impacto del modelo de comunicación política implementado como resultado de la reforma electoral 2007-2008 sin embargo, existen diversas teorías en torno a que el acceso temprano a información sobre los procesos electorales favorece la participación.

La evaluación que los electores hacen sobre los candidatos o sobre sus partidos es una de las explicaciones más utilizadas para la participación y abstención electoral (Matsusaka & Palda, 1993; Franklin, 2004; Simonovits, 2012). Sin embargo, hay quienes argumentan que en las democracias menos desarrolladas, con niveles bajos de rendición de cuentas, el voto no impacta directamente en las políticas públicas (Dalton, 1996) y, por ello, los ciudadanos encuentran difícil hacer un voto retrospectivo o prospectivo. Otros, considerando el creciente impacto explicativo de las coyunturas en la cantidad y la dirección del voto, han considerado, incluso, que las campañas y los candidatos pueden manipular los temas centrales de interés (Greene, 2009; Hart, 2012).

Downs (1957) sostiene que la decisión de votar está mediada por la probabilidad de afectar el resultado, los beneficios de que el candidato o partido deseado gane, el valor que se le da individual o colectivamente a la democracia y los costos de votar. En la medida en que aumenten las primeras tres categorías y la cuarta disminuya, será más probable que los ciudadanos voten. En este contexto, el votante acudirá a las urnas sólo en tanto la balanza de pagos le reporte más beneficios que costos. Owen y Grofman calcularon en 1984 que las probabilidades de que un votante en California influyera en el resultado de la elección de Carter y Reagan era de uno en 21,000 considerando que los dos candidatos tuvieran la misma probabilidad de ser votados y la decisión se tomara vía un “volado”. Sin embargo, apuntan, las elecciones son más complicadas que eso, las campañas, la identificación partidista y muchas variables más hacen que los ciudadanos no entren al lugar de votación con las mismas probabilidades de votar por cualquier candidato; en el caso de Carter y Reagan, las probabilidades de que un elector afectara el resultado de California y el de los Estados Unidos a favor de Carter eran lo más cercano a cero.

Blais (2007) completa las tres respuestas a “¿por qué la gente no vota?” propuestas por Verba, Brady y Scholzman (1995) añadiendo una cuarta: los ciudadanos no participan porque no pueden, porque no quieren, porque nadie se los ha pedido, o porque no importa. Los electores tienen que contar con los recursos materiales, cognitivos y la oportunidad de emitir su voto; deben estar interesados en el estado del funcionamiento del todo o una parte del sistema político y considerar que el voto es una herramienta útil para modificar o reforzar dicho sistema; deben sentir que los partidos o candidatos se han acercado a ellos, ya sea directamente, a través de su equipo, o a través de una campaña exitosa que apele a sus intereses; y, de acuerdo a la teoría economicista de la acción política, los ciudadanos votarán sólo cuando consideren que su voto importa, que haría la diferencia entre el triunfo y la derrota del candidato de su preferencia en un escenario de competencia libre.

### III. La participación electoral en México

El Proceso Electoral Federal 2009 mostró que, por primera vez desde 1991, la tendencia a la baja en la participación se revertía. Las causas del incremento en la participación son diversas, sin embargo, habría que considerar al sector de jóvenes que votaban por primera vez cuyo referente político más próximo era la elección de 2006; los efectos de la reforma electoral 2007-2008, en particular el nuevo modelo de comunicación política y, el funcionamiento de la democracia. Sin embargo, al tratarse de un caso aislado, no podía esperarse que fuera el comienzo de una tendencia a la alza en la participación. Si 2009 no fue un caso atípico, podría haber elementos comunes entre los procesos electorales de 2009 y 2012.

El contexto en el que inicia el proceso electoral 2012 daba razones para pensar en 2009 como un hecho aislado y esta percepción se mantendría hasta la mitad de las campañas. Para principios de marzo de 2012, no parecía que las variables técnicas e institucionales pudieran tener el peso suficiente para revertir la tendencia de reducción en la participación. Si bien se llevó a cabo un trabajo exhaustivo para actualizar el padrón y, con ello, se incrementó 10.77% el porcentaje de ciudadanos que, de hecho, podían emitir su voto y; tomando en consideración el planteamiento de Morales Garza, et. al (2011) que estima la abstención técnica –es decir, aquella producto de la desactualización del padrón- para el proceso electoral de 2009 en un rango de 9.4 a 13.82%, la sola actualización no parecía ser suficiente para explicar que se revirtiera la tendencia, máxime considerando las variables políticas, en especial, la competitividad, así como la pérdida de poder explicativo de la concurrencia.

En lo que respecta a las variables políticas, el margen de victoria -medida de la competitividad- oscilaba en promedio en las encuestas entre 9 y 23 puntos porcentuales. Evaluando el contexto al inicio de las campañas a la luz de la teoría económica de la acción política, donde los ciudadanos acuden a las urnas sólo en la medida en que los beneficios percibidos superan los costos de votar; esto es, partiendo de que acudirían a emitir el sufragio sólo en tanto la probabilidad de que su voto haga la diferencia en la defensa de la agenda de gobierno o candidato que considera como los más adecuados sea mayor a cero. Como la probabilidad es muy cercana a cero, casi cualquier costo resulta suficientemente alto para alejar a los ciudadanos de las urnas; desde esta perspectiva, no se vislumbraba que pudiera revertirse la tendencia a la baja en la participación dado un escenario donde la diferencia entre el primer y el segundo lugar hacía poco probable que el voto individual incidiera en el resultado.

El resultado del proceso electoral muestra un incremento en la participación de 4.98% puntos porcentuales con relación a 2006 ubicándose tan solo 0.5% por debajo de la participación de 2000. Las explicaciones pueden ser diversas; para fines de este trabajo, se plantean una serie de hipótesis basadas en el tipo de efecto que las variables causan en la participación electoral bajo el supuesto que las distintas variables actúan de manera simultánea y que instituciones y contextos tienen efectos diferenciados en el comportamiento del votante.

La explicación sobre el incremento en la participación se construye a partir de tres efectos diferenciados: directos, indirectos y contingentes (Anderson, 2007). Los efectos directos se presentan cuando las decisiones de los votantes son influenciadas por los incentivos que proveen las reglas o el contexto. La actualización del padrón es un efecto directo que juega un papel importante en el incremento en la participación ya que en tanto hay más ciudadanos en posibilidades de votar, se esperaría un incremento en la participación. En el Proceso Electoral Federal 2012, la actualización del padrón permitió que el universo de votantes potenciales pasara de 70,289,483 en 2006 a 78,777,382 en 2012; esto es, en 2012 estuvieron en posibilidad de votar casi 8.5 millones de ciudadanos más que en 2006.

Se habla de efectos indirectos, cuando las estructuras afectan alguna variable interviniente que se convierte en la causa inmediata de la variable dependiente. Para el proceso electoral 2012 se identifican, dos tipos: técnicos e institucionales. Los efectos técnicos se refieren a las solicitudes de cambio de domicilio presentadas ante el IFE. Se trata de un efecto indirecto porque el cambio de domicilio, en sí mismo, no incrementa la participación pero sí reduce los costos en los que tiene que incurrir el votante para acudir a las urnas. Así, siguiendo con la teoría, es más probable que los ciudadanos acudan a votar si la casilla que les corresponde está en la misma sección electoral que su domicilio. El efecto es aún más amplio si se considera que muchos de los votantes que actualizaron sus datos consideran su credencial de elector sólo un medio de identificación y se vieron obligados a renovarla ante la amenaza de que sería dada de baja. Si bien no hay datos para calcular el impacto del cambio de domicilio en la participación, resulta relevante destacar que entre 2007 y 2012 se registró el cambio de domicilio de 11 millones 735 mil ciudadanos entre aquellos que debieron renovar credencial 03; a esa cifra, hay que añadirle el de los ciudadanos que hicieron el cambio de domicilio de manera voluntaria. El segundo efecto indirecto y en el que se centra este trabajo es de carácter institucional. Como se plantea anteriormente, el tipo de elecciones -si son presidenciales o intermedias- y el ciclo electoral -si las elecciones locales concurren con las federales- han resultado tener un peso explicativo importante en la participación y abstención electorales. La participación se incrementa sistemáticamente en cada elección presidencial con respecto a la intermedia inmediata anterior, sosteniéndose el argumento teórico, que liga el tipo de elecciones con un aumento en la participación. Para el año 2012 se realizaron elecciones locales concurrentes con las federales en 15 entidades y ha sido evidente el incremento en la participación con respecto a la media en las entidades con elecciones locales concurrentes.

Los efectos contingentes muestran que el efecto de alguna variable estructural en el comportamiento del elector se fortalece o debilita dependiendo de la presencia de una tercer variable. En esta categoría se ubica la percepción de la competitividad en la elección presidencial. Para 2012, la aparición de grupos organizados que se manifestaban contra el candidato del PRI generó un incremento en la movilización de diversos sectores, algunos de ellos ya movilizados y con demandas claras, que exigen democratización de los medios y muestran su rechazo al candidato del PRI y a la cobertura de los medios de comunicación tradicionales. Este fenómeno alteró la balanza de pagos de ciudadanos y actores políticos, modificando la racionalidad del voto y generando efectos diferenciados.

#### IV. Participación electoral y concurrencia. El juego en cifras

La participación electoral en México registró una disminución en elecciones federales a partir de 1994. Diversos estudios (Buendía, 2000; Buendía & Somuano, 2003; De la Peña, 2005; Holzner, 2007; Espinoza Valle, 2009; Morales Garza, et. al: 2011) documentan la baja en la participación argumentando una serie de factores de orden técnico, institucional, socioeconómico, político y del sistema de partidos. Sin embargo, el Proceso Electoral Federal 2012 no sólo mostró un incremento considerable en la participación con respecto a la elección de 2006 –a pesar de que había diversos factores en el escenario que pronosticaban lo contrario- sino que confirmó que la tendencia a la baja en la participación había comenzado a revertirse desde 2009.

Una de las razones para explicar el cambio en el comportamiento electoral a partir de 2009 se centra en los ciclos electorales. En 2003, la participación electoral fue del 41.2% y se llevaron a cabo diez elecciones concurrentes; de las cuales, seis tuvieron concurrencia completa (gobernador, congreso local y ayuntamientos), nueve eligieron congreso local y ayuntamientos<sup>2</sup> y una sólo congreso local. Para 2009, la participación se incrementa en un 3.4% alcanzando el 44.6% con concurrencia en once<sup>3</sup> entidades, de las cuales, seis eligieron gobernador, congreso local y ayuntamientos y cinco congreso local y ayuntamientos<sup>4</sup>.

Si bien las elecciones legislativas han mostrado una disminución en la participación, la concurrencia entre elecciones legislativas y locales –especialmente cuando la elección legislativa coincide con la elección de gobernador, genera un alza en la participación. Si nos centramos en el proceso electoral de 2012, la participación en las entidades con elecciones coincidentes fue, en promedio, más alta que la media nacional. En la elección para diputados de mayoría relativa, la media nacional fue 63.56%, la participación en las 17 entidades sin elección coincidente 60%, en las 15 entidades con elección de Congreso Local 64.71% y en las 7 entidades con elección de gobernador 65.80%.

Lo anterior muestra que los electores evalúan la cantidad y calidad de los cargos de elección y, en función de ello, deciden votar o abstenerse. Sin embargo, se ha analizado poco el impacto que tienen las elecciones no concurrentes en el año posterior a la elección presidencial (Shugart y Carey, 1992).

El contexto político es fundamental en este tipo de procesos, si analizamos, la recuperación del PRI en las últimas dos elecciones federales, la hipótesis de que, como resultado de la elección presidencial, los estados con procesos electorales en 2013 recibirían –aún- parte del “empuje” de la elección de Peña Nieto podría explicar un incremento en la participación con relación a elecciones anteriores.

---

<sup>2</sup> El Distrito Federal eligió Asamblea Legislativa y Jefes Delegacionales.

<sup>3</sup> Aunado a los 11 procesos que se mencionan, en 2009 se llevaron a cabo elecciones en Tabasco y Coahuila, sin embargo la fecha de elección no coincidió con la elección federal y elecciones extraordinarias en cuatro entidades: Quintana Roo, Guerrero, Hidalgo y Jalisco.

<sup>4</sup> De nuevo el Distrito Federal se agrupa en esta categoría aunque su elección es para Asamblea Legislativa y Jefes Delegacionales.

En 2013 se llevaron a cabo elecciones en catorce entidades. De los 2,461 municipios que hay en México, se renovaron 1,348 alcaldías, esto es, el 54.77% de los gobiernos locales, donde vive el 35.05% de la población. En esos mismos términos se dio la renovación de congresos locales. Si partimos de que –considerando la Asamblea de Representantes del D.F.- en México hay 32 órganos legislativos locales, estamos hablando de que este año se renovaron 13, esto es, el 40.62%, que representan al 37.42% de los ciudadanos. Si el escenario no fuera suficientemente relevante, a ello hay que sumar la renovación de la gubernatura de Baja California, entidad compleja en términos de su relación con los partidos y el poder.

¿Cómo se comportó la participación en estas 14 entidades? ¿Cuál fue su relación con la participación en la elección federal de 2012? La siguiente tabla muestra la participación en elecciones locales y federales en 2012.

**Tabla 1. Comparativo de Participación Electoral 2012-2013**

<b>Entidad</b>	<b>Participación 2012</b>	<b>Participación 2013</b>	<b>Disminución</b>
Aguascalientes	59.88%	48.17%	11.71%
Baja California	53.37%	39.44%	13.93%
Coahuila	61.87%	53.89%	7.98%
Chihuahua	52.95%	40.00%	12.95%
Durango	59.26%	ND	S/D
Hidalgo	65.23%	42.87%	22.26%
Oaxaca	61.23%	53.33%	7.9%
Puebla	62.73%	44.53%	18.2%
Quintana Roo	57.39%	32.01%	25.38%
Sinaloa	61.08%	46.90%	14.18%
Tamaulipas	57.99%	ND	S/D
Tlaxcala	63.77%	57.62%	6.15%
Veracruz	66.17%	49.13	17.04%
Zacatecas	60.59%	58.36%	2.23%

Fuente: Elaboración propia con datos del IFE e Institutos Electorales Locales.

Como muestra la tabla, la participación se redujo considerablemente en los procesos locales; la media de participación para 2013 fue de 47.18% mientras que la de 2012, para las mismas entidades, fue de 60.25. Si bien se parte de la hipótesis de que en las elecciones no concurrentes con la federal se reduce la participación, para el caso de 2013 destacan duros casos. En primer lugar Baja California, con una disminución de 13.93% en la participación aún a pesar de que se cumplen varias de las causas de participación que se mencionan en el apartado anterior como la elección de gobernador, una alta competitividad y la actualización del padrón, entre otras. Quintana Roo e Hidalgo con reducciones de más del 20% en el proceso local y Zacatecas, con una reducción de sólo el 2.23% en un proceso electoral que contempla, por primera ocasión, la participación de candidaturas independientes. Si bien cada uno de los casos requiere un análisis minucioso del contexto político, lo cierto es que una importante reducción de la participación es la constante y los casos extremos, como el de Zacatecas, la excepción.

Otro elemento que requiere ser puesto a consideración es, como se menciona anterioremente, si el impulso que llevó al PRI a la presidencia en 2012 se vio reflejado en 2013; esto es, si se mantuvo lo que Shugart y Carey (1992) denominan “elecciones luna de miel”. El supuesto detrás de esto sería que las entidades en las que el PRI tuvo un mayor margen de victoria en 2012, podrían haber conservado el impulso y generado una mayor participación en los procesos locales de 2013.

Una primera revisión de los datos muestra que siete entidades -Aguascalientes, Coahuila, Chihuahua, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y Zacatecas- se ubicaron por debajo de la media de disminución de la participación que, para las 12<sup>5</sup> entidades con elecciones locales en 2013, fue del 13.32%. De estas 7 entidades, el PRI obtuvo mayoría de votos en la elección presidencial de 2012 en 3 –Chihuahua, Tlaxcala y Zacatecas. Asimismo, Tlaxcala y Zacatecas son las entidades con menor disminución en la participación -del 6.15 y 2.23% respectivamente- en los procesos locales del 2013 y Baja California, con una disminución del 13.95 se ubica muy cerca de la media. Aunado a ello, hay que destacar que, de los 12 estados con proceso electoral en 2013, el PRI ganó seis.

Estos datos podrían, en una primera aproximación, apuntar al efecto planteado por Shugart y Carey (1992), muestra de ello es que la entidad donde el PRI tuvo mayor porcentaje de votos en la elección presidencial de 2012 es, también, la que tiene una menor disminución en la participación en 2013: Zacatecas. Como se menciona anteriormente, cada caso requiere un análisis particular del contexto político-electoral más allá de los datos, sin embargo, esta misma relación se observa en Chihuahua. En el extremo contrario se encuentra el caso de Hidalgo que tuvo una de las disminuciones más altas en la participación entre 2012 y 2013 -22.26% sólo por debajo de Quintana Roo con 25.38- y tuvo una votación por el PRI de 4.08% menos que Zacatecas en la elección presidencial. Este caso, junto con Chihuahua, podría presentar algún indicio de que el llamado efecto “luna de miel” (Shugart & Carey: 1992) podría mostrarse con menor intensidad en las entidades donde el predominio de un solo partido ha sido mayor –como el PRI en Hidalgo- en contraposición con las que han tenido alternancia en el gobierno del estado –como Chihuahua y Zacatecas.

---

<sup>5</sup> Si bien hubo elecciones en 14 entidades, al momento de envío de este trabajo no se contaba con datos disponibles para los estados de Durango y Tamaulipas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Anderson, C. J. (2007). "The interaction of structures and voter behavior". En D. J. Russell, & H.-D. Klingemann, *The Oxford Handbook of Political Behavior* (págs. 588-609). Oxford: Oxford University Press.
2. Blais, A. (2000). *To Vote or Not to Vote?: The Merits and Limits Rational Choice Theory*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
3. Blais, A. (2007). "Turnout in elections". En R. J. Dalton, & H. Klingemann, *The Oxford Handbook of Political Institutions* (págs. 621-635). Oxford: Oxford University Press.
4. Blais, A., & Aarts, K. (2006). "Electoral system and turnout". *Acta Politica* (41), 180-196.
5. Blais, A., & Dobrzynska, A. (1998). "Turnout in electoral democracies". *European Journal of Political Research* (33), 239-261.
6. Blais, A., Gidengil, E., Nevitte, N., & Nadeau, R. (2004). "Where does turnout decline come from?" *European Journal of Political Science* (43), 221-36.
7. Bendor, J., Diermeier, D., & Ting, M. (2003). "A behavioral model of turnout". *American Political Science Review*, 97 (2), 261-280.
8. Brady, H., & McNulty, J. (2011). "Turning out to vote: The costs of finding and getting to the polling place". *American Political Science Review*, 105 (1), 115-134.
9. Brennan, J. (2009). "Tuck on the Rationality of Voting: A Critical Note". *Journal of Ethics & Social Philosophy*. Discussion Note.
10. Buendía, J. (2000). "El elector mexicano en los noventa: ¿Un nuevo tipo de votante?", en *Política y Gobierno*, vol. VII, núm. 2.
11. Buendía, J. y Somuano, F. (2003) "La participación electoral en las nuevas democracias: la elección presidencial en México". *Política y Gobierno*. Vol. X, núm. 2.
12. Chapman, R., & Palda, K. (1983). "Electoral turnout in rational voting and consumption perspectives". *Journal of Consumer Research* (9), 337-346.
13. Chen, T. (2011). "Uncovering the micro-foundations of turnout and electoral systems". *Electoral Studies* (20), 295-308.
14. Cox, G., & Munger, M. (1989). "Closeness, expenditures and turnout in U.S. House elections". *American Political Science Review* (83), 217-231.
15. Dalton, R. (1996). *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Western*. Londres: Chantham House.
16. Dittrich, M., & Johansen, L. (1983). "Voting turnout in Europe, 1945-1978: myths and realities". In H. Daalder, & P. Mair, *Western European Party Systems*. London: Sage Publications.
17. Downs, A. (1957). *An economic theory of Democracy*. New York: Harper.
18. Filer, J., & Kenny, L. (1980). "Voter turnout and the benefits of voting. *Public Choice*" (35), 575-585.
19. Filer, J., Kenny, L., & Morton, R. (1993). "Redistribution, income and voting". *American Journal of Political Science*, 37 (1), 63-87.
20. Fornos, C., Power, T., & Garand, J. (2004). Explaining voter turnout in Latin America, 1980 to 2000. *Comparative Political Studies* (37), 909-940.
21. Fowler, J. (2004). "Habitual voting and behavioral turnout. Paper presented at the Annual PCS Conference", Baltimore, March 2004.

22. Franklin, M. (2004). *Voter turnout and the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*. Thousand Oaks, Calif.: Sage Publication.
23. Gallego, A., Rico, G., & Anduiza, E. (2011). "Disproportionality and voter turnout in new and old democracies". *Electoral Studies*, 1-11.
24. Gray, M., & Caul, M. (2000). Declining voter turnout in advance industrial democracies, 1950 to 1997: the effects of declining group mobilization. *Comparative Political Studies* (33), 1091-122.
25. Greene, K. (2009). "Images and Issues in Mexico's 2006 Presidential Election". In J. Domínguez, C. Lawson, & A. Moreno, *Consolidating Mexico's Democracy: The 2006 Presidential Campaign in Comparative Perspective* (pp. 246-267). Baltimore: The John Hopkins University Press.
26. Hansen, T. (1994). Local elections and local government performance. *Scandinavian Political Studies* (17), 1-30.
27. Hart, A. (2012). Can candidates activate or deactivate the economic vote? Evidence from two Mexican elections. Preparado para la reunión anual de la American Political Science Review. New Orleans.
28. Hoffman-Martinot, V. (1994). Voter turnout in French municipal elections. In L. Lopez-Nieto, *Local Elections in Europe*. Barcelona: Institut de ciencies politiquies i socials.
29. Hogan, R. (1999). Campaign and contextual influences on voter participation in state legislative elections. *American Politics Quarterly* , 27 (4), 403-433.
30. Holzner, C. (2007) *Voz y voto: participación política y calidad de la democracia en México*. América Latina Hoy, 45, Universidad de Salamanca. Salamanca.
31. Jaime-Castillo, A. (2009). Economic inequality and electoral participation. A cross-country evaluation. Trabajo preparado para la Conferencia del Comparative Study of the Electoral Systems (CSES). Toronto.
32. Karp, J., & Banducci, S. (1999). The impact of proportional representation on turnout: Evidence from New Zealand. *Australian Journal of Political Science* , 34 (3), 363-377.
33. Ladner, A., & Milner, H. (1999). Do voters turn out more under proportional than majoritarian systems? The evidence from Swiss communal elections. *Electoral Studies*. (18), 235-250.
34. Lau, R., & Pomper, G. (2001). Effects of negative campaigning on turnout in U.S. senate elections, 1988-98. *Journal of Politics* , 63 (3), 804-819.
35. Louth, J., & Hill, L. (2005). Compulsory voting in Australia: Turnout with and without it. *Australian Review of Public Affairs* , 6 (1), 25-37.
36. Lyons, W., & Alexander, R. (2000). A tale of two electorates. *Journal of Politics* (62), 1014-34.
37. Matsusaka, J., & Palda, F. (1993). The Downsian voter meets the ecological fallacy. *Public Choice* , 77, 855-878.
38. Miller, W., & Merrill Shanks, J. (1996). *The new American voter*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
39. Milner, H. (2009). Does Proportional Representation Boost Turnout? A Political Knowledge-based Explanation. Presentado para la Conferencia de Comparative Study of Electoral Systems (CSES). Toronto.
40. Morales Garza, M., Millán Valenzuela, H., Ávila Eggleton, M., & Fernández García, L. (2011). *Participación y Abstencionismo Electoral en México*. México: CONACYT/IFE/UAQ.

41. Norris, P. (2002). *Democratic Phoenix: Reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
42. Oberholzer-Gee, F., & Waldfogel, J. (2001). Electoral acceleration: the effect of minority population on minority voter turnout. NBER working paper, 8252 NBER .
43. Owen, G., & Grofman, B. (1984). To vote or not to vote. The paradox of nonvoting. *Public Choice* , 42, 311-325.
44. Perea, E. (2002). Individual characteristics, institutional incentives and electoral abstention in Western Europe. *European Journal of Political Research* (41), 643-673.
45. Pérez-Liñán, A. (2001). Neoinstitutional accounts of voter turnout: moving beyond industrial democracies. *Electoral Studies* , 20 (2), 281-197.
46. Power, T. (2009). “Compulsory for Whom? Mandatory Voting and Electoral Participation in Brazil,1986-2006”. *Journal of Politics in Latin America* , 1 (1), 97-122.
47. Preuss, G. (1981). “The effects of density and urban residence on voter turnout. *Population and Environment*”, 4 (4), 246-265.
48. Simonovits, G. (2012). “Competition and turnout revisited: The importance of measuring expected closeness accurately”. *Electoral Studies* .
49. Shugart, M.S., & Carey, J.M. (1992). *Presidents and Assemblies. Constitutional Design and Electoral Dynamics*. Cambridge: Cambridge University Press.
50. Verba, S., Schlozman, K., & Brady, H. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
51. Zimmer, T. (1976). Urbanization, social diversity, voter turnout and political competition in the U.S. elections: analysis of congressional districts for 1972. *Social Science Quarterly* , 56 (4), 689-697.

DOCUMENTO